

La ruta del perro café claro

Jesús Vicente García



Ilustración: Beatrix G. de Velasco

*Para Héctor de Mauleón:
quien nos hace ver lo invisible en esta ciudad de perros*

*Son los que tienen en vez de corazón
un perro enloquecido [...]*

EFRAÍN HUERTA

CAMINO POR LA CIUDAD BAJO EL SOL. Veo un perro. Las miradas de los perros me gustan. Su cuerpo zigzaguea entre la gente de los mercados, lo cual denota que hasta ahora las cosas van volviendo a la normalidad, si lo normal es que un señor de mal carácter le suelte una patada en el hocico, si unos niños le quieren arrancar las orejas a fuerza de cariños malsanos, que nadie le aviente ni un pedazo de hueso, que las marchantas le griten sáquese enfatizando la “s” para que la alarma interna perruna detecte que es un ser no grato. Es un perro color café claro, de hocico prominente y de mirada tierna, con sus bigotes largos que sobresalen de entre su nariz húmeda.

La mirada del perro brilla. Dejo de ver el cielo, el sol y la gente que anda sobre estas calles con nombre de poetas y escritores en la Algarín. Hay algunas banquetas chuecas que él sortea sin dificultad, sus patas hacen un ruido de uñas con cemento. Yo compro chicharrón, nopales preparados, tortillas, queso de puerco y ando en los pasillos viendo qué más se me ocurre para comer taco placero en la casa. De las verduras giro hacia la izquierda, hacia los abarrotes, compro un refresco de litro y medio, lo meto a mi bolsa de manchas de vaca, sigo derecho hacia la salida y en el penúltimo pasillo veo al perro otra vez. Alguien le avienta un pedazo de rábano que logra esquivar, lo alcanza y se lo come de un bocado, mastica con enjundia y sigue su camino. Toma hacia la derecha, sobre Isabel la Católica. Se me ocurre que medio pollo rostizado sería lo adecuado para una comida dominguera y que sea símbolo de que este año nos vaya mejor en la familia, en lo individual y en lo colectivo, sin terremotos ni desastres, pues aunque nadie tiene su sino trazado, vale la pena intentarlo.

Atravesamos, perro y yo, el Eje 3. Ya estamos en la Obrera. Entre Ángel del Campo y Antonio Solís pido medio pollo y unos pescuezos así sin nada, de los que no están calientes. Se los doy al amigo café claro clarín clarinesco, y pienso que si fuera mío le pondría Clarín, pero no es mío ni yo de él, aunque podríamos pertenecernos, pensando que nadie es dueño de nadie; los humanos nos apropiamos de lo que no es nuestro y creemos que el aire es de alguien, que incluso las banquetas tienen líderes, que el agua se vende, que las miradas están penadas, que los narcos y políticos se adueñan de las vidas y de las cosas,

de los negocios y del dinero, que nosotros nos hacemos trizas, como Clarín con los pescuezos que se traga. Nos miramos. Mueve la cola. No se me acerca mucho. Desconfía de mí, porque supongo que ya alguien hizo esto y lo remató con una patada o queriéndolo asir para no sé qué porquerías o por puro gusto de maltratarlo.

Al ver que no hago nada, vuelve el lomo y sigue su camino sobre Isabel la Católica dirección norte, es decir, hacia el Centro. Lo veo atravesar Manuel Cabañero como si nada, los autos pasan rozando su cola y todavía una señora le grita no sé qué cosas. Su ritmo lo marca un andar de a saltito. Se asoma a una taquería y un señor sale con su machete y Clarín corre que te corre hasta alcanzar la otra calle.

Ando sus mismos pasos, veo lo que él vio antes de que yo pasara, me asomo a los lugares donde él metió sus narices, piso sus pisadas, sigo su sombra que el medio día de pronto esconde un poquito, pero que Clarín la engrandece en cada paso que da. En la Obrera, los domingos venden barbacoa, tacos de carnitas, sopes, quesadillas, tlacoyos, pambazos y sus etcéteras, como todas las colonias populares dignas de ser visitadas y consumir esos manjares que sólo el barrio cocina. Clarín lo sabe. Supongo que es de esta colonia, como yo, que nació en la Obrera, en la calle José María Roa Bárcenas, precursor del cuento moderno, traductor, crítico de su tiempo, criticado por unos y alabado por otros en su aspecto político, pero tiene su calle; aquí nacimos algunos seres y ello me permite deambular detrás de Clarín.

El sudor me escurre por los ojos, a pesar de la gorra que traigo. Cargo mi bolsa de manchas de vaca. El sol de pronto quema y el viento es algo frío. Clarín es correteado por unos adolescentes que llevan en la mano piedras y pedazos de basura. Paso junto a ellos y, sin querer, le pongo el pie a uno. “Disculpa, compadrito”. Le ayudo a levantarse y hasta me lo agradece. Sigo caminando, no vaya a ser que aparezca el padre y defienda a su hijo que tan sólo se divierte pegándole a un perro, total, qué puede pasar, así lo educaron para molestar a los perros y seguramente nadie le dijo que eso no es bueno. Pierdo de vista a Clarín. Paso por José

Tomás de Cuéllar, en una cuchilla que ya quisiera ver a Odiseo atravesarla en esta ciudad que no respeta a nadie, cuya generación joven hace unos meses ayudó en el terremoto del 19 de septiembre (convocaron por redes sociales los amigos de la escuela, del club, del gimnasio, del barrio, de las mismas redes, se dieron a la tarea de hacer grupos para ir a quitar escombros y salvar vidas; muy loable su labor), ahora es un arma cargada contra los perros. Y me río por la ironía, un poquitín, al recordar a sus homólogos que les llaman binomios caninos y que se convirtieron en héroes porque olfateaban a los seres que aún estaban entre los escombros de las edificaciones que se colapsaron, y se hicieron famosos en las redes sociales y en todos los medios de difusión, con sus lentes, cubrehocico y sus calcetines para que no se lastimaran entre la tierra desperdigada. Esos perros fueron educados por el hombre para esa tarea digna de encontrar cuerpos vivos o muertos. En su honor, se elaboraron perros de peluche, calcomanías, memes, pasteles, dibujos que abarcaron los diarios y algunas tiendas de diversos productos, estuvieron plasmados en gorras, playeras y *shorts*, en vasos para beber y en logotipos de juguetes; también fueron invitados a programas de televisión, abierta y de cable, en desfiles de alebrijes y del día de muertos, hicieron exhibiciones en la secretaría de Marina, justamente donde los entrenaron, los niños se sacaron fotos con ellos, los padres, los invitados; los perros fueron la prioridad en esos meses de septiembre y octubre. Los perros tenían nombre y número de serie, y la sociedad civil los elevó al máximo porque se lo merecían, no lo niego, y alabo a esos humanos que han sabido relacionarse con ellos.

Busco a Clarín. Mi vista ve otros perros con dueño, sin dueño, algunos andan entre las calles perpendiculares. Llamo por celular para avisar que me estoy tardando, porque voy a pasar a Aurrerá por algunas cosas que hacen falta en casa. Sí, me dicen, al fin que aún no han llegado, porque fueron al desfile temprano que hacen en enero. Adelante de Chimalpopoca hay un parque pequeño. Me siento. Caminar como diez calles no es tarea fácil aunque sea sano. Enfrente hay una cuchilla donde

hay juegos para niños (lugar que se utilizó como centro de acopio durante los sismos; la gente abrazaba hasta a los perros, yo lo vi, se les decía a las personas que se acercaran, que podían dejar sus cosas, ahí nadie se las llevaría). Alguien corre hacia donde yo estoy tirado en el pasto. Cerca de mí, hay un par de parejas de novios y por ahí andan dos señores de la tercera edad sentados en una banca que nunca había visto; el señor lee el periódico y la señora ve su celular. Para llegar al parque, hay que atravesar Isabel la Católica, donde pasan autos todo el tiempo. Hay una segunda persona que sale de esa cuchilla y también va a cruzar la calle, detrás dos señores gritan “son rateros”. Yo me quedo tieso, no puedo moverme al ver a un ratero que se dirige hacia donde estoy, lo cual me permite pensar que el otro tipo de unos veinticinco años también es ratero. Como escenario de teatro, todos nos quedamos en nuestro lugar, sólo unos perros juegan con un oso de trapo que hacen pedazos, uno se queda con la cabeza y otro con las patas.

Cuando veo que el otro tipo corre hacia donde estoy, abro más los ojos, pero un ruido me los hace cerrar, un rechinado de llantas y un golpe le sigue: el ratero vuela por los aires porque un auto lo eleva; alcanzo a ver sus tenis de lona rojos, ya algo usados, su pantalón de mezclilla negro y una chamarra *ídem*, además de que usa pasamontañas, no creo que sea la moda de este invierno (recuerdo que en Efrén Rebolledo hay una manta que les dice a los rateros que no son bienvenidos y que si los atrapan no los llevarían a las autoridades sino que los lincharían).

Los señores grandes se levantan cual resorte para ver qué pasa. No así los enamorados, sobre todo unos treintañeros que siguen besándose largamente, como si la vida se les fuera a escapar si voltearan hacia otros lados. Los perros ladran. Yo tomo mi bolsa de manchas de vaca y decido irme a Bolívar para tomar un pesero de regreso, por supuesto que no pasaré a Aurrerá, además ya tengo hambre. Paso cerca del tipo tirado. Los señores se acercan. Uno llama por celular (siete jóvenes vienen con palos y botellas, y chiflan). Camino sobre Chimalpopoca y sí paso frente a la Aurrerá. Veo el espacio vacío de donde estaba la fábrica que se cayó justo

en esa esquina. Unos vecinos cierran Bolívar. Están en contra de que hagan más edificios.

Entonces, decido caminar y sigo buscando a Clarín. Veo perros y más perros, no todos son maltratados, simplemente les dan indiferencia. Al llegar a Roa Bárcenas, unos ladridos me hacen voltear. Es Clarín. Me ve. Se me acerca y lo acaricio. Flaco no está. Gordo tampoco. Digamos que término medio. Lo abrazo del cuello y le agarro la nariz mojada, eso siempre me ha gustado cuando he tenido perros y cuando tuve a mi gato. Le veo a los ojos, le acaricio la nariz una vez más. Le digo que debo irme a casa. Él me lengüetea la mano y le toco la cabeza. “Buen muchacho”. Recibo llamada de Basilio, quien me invita a su casa porque está solo y tiene una versión alemana del *Quijote* en película. Pero Clarín no se quiere ir. Lo acaricio otra vez, veo que tiene entre el pelo una placa que dice Salvador. “Ah, te llamas Salvador. No estás solo, pillín”. Me sigue chupando y le doy un pedazo de pollo. Una voz a mi espalda grita: “¿Qué le da a mi perro?”. Es una mujer cuarentona cuyo rostro no es muy amigable. La saludo y le pregunto que si es su perro. Salvador-Clarín me chupa la mano y da media vuelta, en su mirada me dice no te preocupes, así es ella, es buena onda, pero de pronto es medio jeta. Me sonrío al verlo y le doy la última palmada en los cachetes. Se va con la señora. Ella cambia de actitud y me da las gracias. “Me gustan los perros, pero cuídelo, hay gente que no los quiere mucho”. Me dice que se le escapó y suele hacerlo, pero siempre regresa a su casa. Se me hace raro que si tiene dueña ande pidiendo comida en las calles.

Sigo mi camino bajo un sol terrible. Veo que otros perros son maltratados por personas que comen en los puestos, mientras siguen en busca de algo para comer y yo siento tan feo que destripo mi pollo y se los doy a un par de perros que andan cerca de mí. Paso por unos sopes. Pienso en mi amigo café claro Clarín-Salvador. Nunca había seguido a un perro toda la colonia. Recuerdo las palabras de Patricia Highsmith, quien afirmó que cuando dos creadores se encuentran en cualquier parte del mundo, se reconocen. Los artistas se huelen. Clarín es un perro artista, no un héroe. Claro. 